

riencia, nos encontramos, pues, ante una contradicción que dejaría la obra del literato cubano fuera de juego. Pero no es así. La apariencia viene a ser un engaño de los sentidos, y si bien la obra de Lezama Lima es profundamente sensual, es indiscutible que es fundamentalmente de clara raíz intelectual y, por tanto, racional. Lezama no renuncia al imperio de los sentidos, bien al contrario, y como veremos líneas más abajo, juegan un papel primordial en la estructura literaria y artística de su obra. Pero el elemento que distingue la producción de Lezama de sus ilustres antecesores es la forma, el predominio de la significación de la literatura por la literatura, considerada como un juego, como un entretenimiento lúdico y, por tanto, apto para cualquier tipo de experimentación que el poeta juzgue oportuno. Lezama Lima recibe un discurso literario que es su herencia, y, en lugar de respetarlo y transmitirlo íntegro e intacto, se considera con la libertad suficiente como para entrar en aquella morada y rehacer todo lo que no le gusta ni le apetece. Todo aquello que debe de considerarse como objeto de debate y, en consecuencia, de discusión. Discusión que el autor establece consigo mismo, a partir de esos textos recibidos, que ya—desde que el cubano los ha leído o, al menos, conocido—pueden ser considerados como pretextos, borradores sobre los que levantar su propio edificio poético. La actitud no es nueva, ni tampoco la intención. Pero también es cierto que siempre se ha corrido el peligro de verse absorbido por aquella materia que se pretende destruir. Conviene, no obstante, hacer una advertencia a manera de recapitulación. Tradicionalmente lo que se había hecho era la versión de un tema recibido. Lezama no hace eso, ni siquiera lo intenta en ninguna de sus obras. Lo que predomina es la forma, y es esa forma la que se ve sometida al asedio del poeta, que no descansa hasta transformarla, hasta verla deshecha y rehecha por su ingenio personal. Es ahí donde radica la diferencia y es esa la aportación propia de Lezama a un material artístico que cogió voluntariamente para someterlo a su particular cuidado. Lezama se aviene a experimentar sobre una obra ya hecha y acabada, a intentar abrir nuevos caminos a un cauce expresivo ya fijado, pero no agotado ni consumido. Vivo y atractivo, propicio para entrometerse en él, y capaz de admitir la remodelación que el intelectual intenta en su esquema. Pero si antes he advertido que no era una actitud nueva, también debo añadir que sí posee cierta originalidad, pues Lezama conjugó ese sistema recibido con una temática novedosa, la del subdesarrollo de su país. Tenemos, pues, de un lado, una estructura artística elevada—en cuanto que es objeto de cultura—, y de otro, el material tropical, pobre y fascinante al

tiempo. La aplicación de aquélla sobre éste produce un efecto de sorpresa, pues consigue el entramado vital en el que la experiencia humana se une a la historia artística. Lezama da en su obra, fundamentalmente *Paradiso*, pero también *Muerte de Narciso* y *Dador*, un paso de gigante, ya que crea en ella una auténtica teoría literaria y expresiva, en la que cada término tiene una significación muy expresiva en el contexto en el que se encuentra, que se perdería posiblemente en el caso en que lo apartáramos de ella. Así en *Paradiso* —y es un resumen de su obra anterior, que adquiere la consideración de preparación para ella— nos encontramos con que la proposición del novelista es arriesgada, pues, consciente de la cultura a que pertenece, intenta devolver al hombre la confianza en su gestión. La literatura es el camino adecuado para esta misión, pero fíjese que inicialmente ha partido del descontento humano, tomando la obra la tonalidad oscura del desencanto, desencanto que sería posterior a la aparición del hombre en la tierra. La pérdida de la inocencia es la aventura de la vida. Al abrir los ojos a la realidad, dura y fea, el género humano toma conciencia de las cosas que le habían sido dadas para su gozo y disfrute. La renuncia —y la curiosidad es una actitud típicamente barroca, titulándose así uno de los ensayos más célebres del autor cubano!— a este estado contemplativo pasa por la pérdida de la ingenuidad y el precio del pecado, del primer sometimiento a la conquista de la libertad que paga su precio. Ni en uno ni en otro caso el hombre es plenitud de la naturaleza, pero en el segundo hay una voluntariedad, aunque sea en forma de consentimiento de la tentación, de la que se carece en el primero, en el que se le ofrece todo lo que quiera aunque con prohibiciones que coartan pero que igualmente estimulan la mente humana que por vez primera desde su nacimiento es presionada por el desafío que supone hacer algo que tiene prohibido, pero que puede hacer como sujeto racional que es.

Paradiso es, pues, una parábola sobre la huella del hombre en la tierra, en la que Lezama Lima, como orfebre de la palabra que era, destapa el caudal de sus conocimientos para intentar penetrar en la entraña de un asunto tan complejo y atractivo. Más que un procedimiento narrativo y descriptivo, yo creo que es una reflexión apasionada sobre los errores y miserias de generaciones y generaciones. La conclusión es más bien pesimista, no queda resquicio a la esperanza. *Paradiso*, que es eso, que es la búsqueda de la primitiva inocencia humana, como he señalado líneas más arriba, es también la imaginación de un mundo suprarreal, que consume este en el que nos ha tocado vivir y cree uno nuevo que nacerá desde las cenizas

del otro. Es como si Lezama propusiera el olvido de la mentira de los días y de los años, del convencionalismo del tiempo y a partir de ese desengaño, que solamente se adquiere y se llega a él por medio del conocimiento de las limitaciones de la mente humana, estado al que únicamente pueden llegar los privilegiados que alcanzan la madurez del pensamiento y la tranquilidad de la conciencia, es como si Lezama Lima, decía, intentara desde esa atalaya la construcción de la ciudad del hombre, sujeto a otras coordenadas y previa renuncia a la vida que se le ha dado. Esta es la vuelta al principio. El intelectual suplanta la voluntad divina e intenta la creación del mundo, que no ha de ser sometido a esquemas ya conocidos. El novelista levanta la voz y toma conciencia del ofrecimiento que se hace. Es uno de los pocos seres humanos que no solamente puede rebelarse contra la injusticia y el desorden, sino que puede proponer una solución a los males de la humanidad. Este carácter profético del hombre de letras le devuelve el papel de hechicero, de brujo de la sabiduría. El poeta se asienta en la tierra y, desazonado ante tanta maldad, la expresa en sus líneas doloridas de angustia y de amor y cuidado por sus compañeros. El carácter de iluminado o visionario le da la posibilidad de denunciar y anunciar lúcidamente el futuro del hombre en esta vida que se la ha vuelto hostil. El infierno son los otros, que no mantienen conductas solidarias y que nos conducen al caos y la ruina sin que nadie lo advierta. Solamente la voz atenta del poeta, apenas sin eco. Así la devolución del hombre a un estado primitivo en el que sea posible la consecución de la vida sin incurrir en los errores que el género humano ha cometido.

El testimonio de la tierra propia, de la geografía cubana, se eleva a un carácter universal en el que la negación de la realidad es la afirmación de la existencia como sistema de convivencia que el hombre debe construir con sus propios medios y posibilidades, sin la ayuda de nadie que pueda descargarle de este cometido que solamente él puede y debe desenvolver para que se produzca la reconciliación del ser con su misma identidad y el hombre levante su cabeza para que desaparezcan las presiones y los condicionamientos que históricamente, desde ese paraíso perdido que fue su aparición en el mundo, han imposibilitado su responsabilidad, el cumplimiento de ella. Este carácter moral de la obra de Lezama no es un añadido ni una consecuencia que se desprenda de ella; es, por el contrario, la constatación de que la recuperación de la libertad del hombre solamente es posible por la cultura, por la reivindicación de la formación y el estudio como medio de alcanzar la hermosura y la paz de aquel estado soñado. Detrás de la lectura de Lezama Lima late

toda una corriente filosófica y poética, de fijación del tiempo en el código de la literatura. Lezama deviene esa fijación a la descomposición y alcance de una atemporalidad que no implica el miedo ni el respeto a una época muy determinada. Es la pretensión de que difuminando sus límites, que pasan por su supuesta desaparición, llegará la obra literaria a alcanzar una atemporalidad que supondrá la validez de la experiencia para momentos muy alejados en el espacio y en el tiempo. La valoración simbólica de la prosa de Lezama es más que un capricho o una intencionalidad antepuesta. Es la necesidad de que esa pretensión sea expresada de modo que resulte absolutamente segura para el lector. Es, igualmente, una simbología alcanzada desde el suelo de la expresión poética, y este es un punto importante, ya que la llegada a ese nivel arranca y pasa por el pensamiento del escritor, pero debe llegar al receptor desde la esfera de la lingüística, para que éste asuma la pretensión tenida por el emisor a través del esquema expresivo que es la escritura. El símbolo adquiere así una expresión intelectual—en el sentido de ser una suma y conjunción de deseos y necesidades—, postergando la definición habitual en el sentido de entenderlo como artificio literario o recurso para expresar algo que así debe ser dicho. He aquí cómo un nivel se funde en el otro, enriqueciendo el sentido último de la obra que cierra en el final lo que era propósito convencido en el primero. Así, pues, la expresión americana de Lezama Lima es la búsqueda de un código comunicativo que le permita la invención de una escritura que debe ser propia de aquel continente, no tanto por un prurito pedantesco, impensable en el autor cubano, como por el afán de conectar con una cultura perdida, igual que la inocencia humana, que permita la recuperación de una zona apenas frecuentada, en la que la pluma del escritor pase con el propósito de recreación de ese espacio fuera de una localización muy precisa que dificultaría la finalidad del escritor. Es más bien el lugar del mito, y la utilización de unas vías de acceso a ese mito, que igualmente han de ser difíciles, pues la llegada al sitio sagrado es un camino angosto y cansado en el que puede naufragar la paciencia del hombre y, por tanto, del novelista. La honestidad del artista es una premisa indispensable, que Lezama acoge gozoso, para que no se interponga el engaño en un empeño tan ambicioso. La reelaboración de la materia es el privilegio del intelectual, la facultad de analizar la experiencia humana para conseguir la representación de lo que es válido solamente para que el artista sepa llegar a un estado de creación en el que el hombre tome el lugar que le corresponde en la necesidad de que la escritura refleje esta aparente contradicción entre la rea-

lidad y la idealidad. Pero, evidentemente, si existe este afán de analizar la experiencia de sus compañeros para alcanzar una expresividad que sea válida a todo el continente y por extensión al resto del mundo, también es indudable que en ese mismo deseo debe ser puesta en entredicho la cultura y sometida al mismo proceso de discusión, de negación y de afirmación. Es lo que Lezama Lima hace con los fenómenos literarios que le interesan, aplicar el prodigio de sus facultades analizadoras para extraer lo que sea significativo en el esquema de su obra. Eliminar no ya lo que no le interese para sus propósitos, sino lo que no adquiera valoración para llegar a la definición de lo que el arte debe ser a juicio del autor de *Paradiso*. De esta manera, esa superestructura que es la cultura se ve igualmente sometida a un verdadero asedio en la obra del cubano para que ella forme parte del juego y sean revisados sus conceptos y puestos al día, como herramienta de trabajo que es. Nada se salva en este proceso de subvertir el orden literario y artístico recibido. Y ello se hace a lo largo de todas las obras de Lezama, pues mantiene las mismas preocupaciones en todas ellas. La consideración, pues, de que la producción literaria de José Lezama Lima es un lujo de la literatura latinoamericana demuestra un error de planteamiento y equivocación, tanto en la lectura como en la consecuencia crítica que de ella se desprende. El supuesto descompromiso del cubano es, por el contrario, la búsqueda de las raíces de su pueblo y, por extensión, del continente. Ni hay un sólo elemento gratuito, pues no puede llamarse gratuidad a lo que he intentado analizar en este ensayo como nivel expresivo de la intencionalidad literaria y artística del autor de *Paradiso*, ni existe posibilidad alguna de que la materia narrativa carezca de fusión con la forma descriptiva. Es más bien la sinceridad como introspección unitaria, en la que se diluye la preocupación del novelista que renuncia al desgarró, pero no porque no crea en él, sino porque piensa que no es el método más adecuado para acercarse a ese asunto que vuelve y revuelve en su obra narrativa. El erotismo latente y manifiesto en la escritura de Lezama Lima es el procedimiento de que se haga visible a la vista del lector la liberación humana de sus ataduras. Este punto, que se ofrece de modo muy artístico —y todos recordamos la famosa página de *Paradiso*—, es la apertura de nuevas brechas en el muro de las prohibiciones, ya de por sí resquebrajado. Ese asedio a la ignorancia humana es una de las tareas más hermosas a que pueda dedicarse el intelecto del hombre. Yo diría que las dos líneas maestras sobre las que se levanta el edificio de la literatura de Lezama Lima son el arte y la humanidad, cimientos en los que se basa la maestría arquitectural

de este hombre, que dejó toda una teoría del arte y la reivindicación del análisis como medio de penetración en los abismos insondables de la conciencia humana. La oscuridad y reciedumbre de su prosa le hicieron autor de difícil acceso y le convirtieron en escritor de trayectoria solitaria. Supo aplicar su ciencia a la interpretación de la vida y del arte y exorcizar el hechizo de la palabra, devolviéndole su condición primera de pureza y de incontaminación, despojándola de los afeites y de los vestidos con que el hombre la había ido afeando y ocultando su belleza hasta hacerla irreconocible y obligarla a que se quedara sola, sin la compañía del que había sido su amigo. Si la tarea de Lezama Lima fue importante como intelectual, es indiscutible que lo fue más como artífice de una prosa que no dejaba resquicio a la desesperanza, que proclamaba la supremacía de la literatura como medio de aproximación entre los hombres, como vehículo de conocimiento e indagación reivindicadora de la expresividad americana. Del reino de la palabra.

JOSE MARIA BERNALDEZ BERNALDEZ

Pablo Casals, 6, 7.º D
MADRID-11